

ILU. REVISTA DE CIENCIAS DE LAS RELIGIONES. ANEJOS
Serie de monografías.

Libertad e intolerancia religiosa en el Imperio romano



José Fernández Ubiña y Mar Marcos
Editores

Anejo XVIII-2007

PUBLICACIONES UNIVERSIDAD
COMPLUTENSE DE MADRID

La ocupación de espacios sagrados como fuente de conflicto entre paganos y cristianos¹

Juana TORRES

Universidad de Cantabria
torresj@unicam.es

Si el mensaje evangélico enseña a rechazar la violencia ofreciendo la otra mejilla al que te ha golpeado, con gran frecuencia los cristianos han desoído esa recomendación. Los documentos históricos que lo testimonian son abundantes y se extienden desde los primeros siglos del cristianismo, a partir del s. IV concretamente, hasta la época actual. En la Antigüedad se registraron repetidas manifestaciones de intolerancia entre paganos y cristianos respectivamente, y los ejemplos son tan abundantes y sobradamente conocidos como para no volver sobre ellos. También se han intentado explicar las causas por las que, a pesar de los reiterados mensajes y reivindicaciones de los cristianos en favor de la libertad y la tolerancia religiosa durante las persecuciones, tan pronto como lograron imponerse, desplegaron contra sus oponentes toda la violencia y la intransigencia de la que habían sido víctimas. Primero reaccionaron los paganos contra la nueva religión por miedo a que sus cultos y tradiciones fueran suplantados, y después los cristianos, precisamente con la intención de erradicar cualquier reminiscencia del paganismo. Diversos historiadores de las religiones han abordado el estudio de los motivos de la intolerancia entre paganos, cristianos, judíos y herejes; se han señalado en ese sentido diversas hipótesis como las pretensiones de exclusividad, el monoteísmo y la creencia de estar en posesión de la verdad absoluta, y sin duda parte de todo ello debió existir en unos y otros².

Por ello, cuando uno lee que frente a la violencia de los paganos,

...a los cristianos no les está permitido utilizarla para convencer, sino que deben hacerlo a través de la persuasión, el razonamiento y la dulzura. Por ese motivo, nin-

¹ Este trabajo ha sido realizado con cargo al Proyecto de la DGICYT HUM2006-11240-C02-01.

² Cfr., entre otros, A.H. Armstrong, "The Way and the Ways; Religious Tolerance and Intolerance in the Fourth Century A. C.", *Vigiliae Christianae* 38, 1 (1984), pp. 1-17; P.F. Beatrice (ed.), *L'intolleranza cristiana nei confronti dei pagani*, Bolonia, 1993; F. Ella Consolino (ed.), *Pagani e cristiani da Giuliano l'Apostata al sacco di Roma*, Soveria Manelli, 1995; H.A. Drake, "Lambs into Lions: Explaining Early Christian Intolerance", *Past and Present* 153 (1996), pp. 3-36; G.G. Stroumsa, G. Stanton (eds.), *Tolerance and Intolerance in Ancient Judaism and Early Christianity*, Cambridge, 1998; y R. Teja, "Tolerancia e intolerancia entre paganos y cristianos en la Antigüedad Tardía", *Conflictos religiosos: Pasado y presente*, ed. E. Suárez de la Torre, Valladolid, 2004, pp. 17-26.

gún emperador que profesó la religión de Cristo emitió contra los paganos decretos semejantes a los que los adoradores de ídolos establecieron contra nosotros³,

no puede evitar la sorpresa, y especialmente al saber que esas palabras fueron pronunciadas por el gran orador y pensador cristiano Juan Crisóstomo, al que difícilmente se puede tachar de ingenuo, como hace el historiador Pier Franco Beatrice⁴. Solamente podemos entender esa afirmación en el contexto de la obra, un discurso polémico en defensa del mártir Babila y contra los paganos en el que da muestras de una intolerancia equiparable a la de sus oponentes, por las actitudes y descalificaciones utilizadas; además, éstas no incorporan novedades a las reiteradas acusaciones vertidas siglos antes por los paganos contra los seguidores de la nueva *religio*.

En este trabajo vamos a analizar una de las diversas causas que suscitaron el conflicto entre los fieles de una y otra religión, es decir, la ocupación de los espacios sagrados. Sabemos que los cristianos destruyeron templos paganos, los expoliaron, reutilizaron sus materiales de construcción y los convirtieron en iglesias cristianas, o bien ubicaron sus propios santuarios en los mismos recintos sagrados de los adversarios, aunque sin demoler sus edificios. Los ejemplos proporcionados por las fuentes son abundantes, sobre todo a partir de la segunda mitad del siglo IV, con cierta oscilación en el número de esos ataques dependiendo de la orientación y de la tolerancia religiosa de los distintos emperadores, pues las *constitutiones* imperiales establecían la clausura de los templos, la confiscación de sus tesoros y, en algunos casos, su demolición y la construcción de basílicas cristianas sobre esos mismos terrenos⁵.

Además de las actuaciones que acataban las disposiciones de carácter oficial, existieron otras privadas en las que obispos y monjes se arrogaron con frecuencia esa facultad sin conexión alguna con el estado y sin la autorización imperial, llegando a cometer verdaderos excesos. Esas intervenciones son definidas de forma muy acertada a nuestro juicio por Carles Buenacasa como «el resultado de hábiles manipulaciones del excitable

³ Jn. Cris., *Discurso sobre Babila*, 13 (M.A. Schatkin *et alii*, ed. y tr. fr., Sources Chrétiennes, París, 1990); Gregorio de Nacianzo se expresa en términos parecidos: «¿Han hecho los cristianos alguna vez sufrir a los vuestros un trato semejante a los que les habéis infligido en muchas ocasiones? ¿Contra quiénes hemos excitado el furor de las masas? ¿Contra quiénes hemos excitado la cólera de los magistrados que trascienden las órdenes recibidas? ¿De quién hemos puesto la vida en peligro? O más bien: ¿A quiénes hemos excluido de las magistraturas y de los otros cargos reservados a la aristocracia? En una palabra ¿A quién hemos hecho nosotros, cualquiera que fuera lo que recordase, lo que muchas veces vosotros habéis perpetrado contra nosotros o con lo que nos habéis amenazado?» (*Or.* IV, 98) (trad. de la autora).

⁴ «L'intolleranza cristiana nei confronti dei pagani: un problema storiografico», *op. cit.*, ed. P.F. Beatrice, 1993, p. 10: *Soltanto come un'inespiegabile ingenuità è da valutare l'affermazione di Giovanni Crisostomo...*

⁵ A propósito del marco legal que permitió la destrucción u ocupación de los templos paganos *cfr.* E. Testa, «Legislazione contro il paganesimo e cristianizzazione dei templi (sec. IV-VI)», *LA* 41 (1991), pp. 311-326; J. Gaudemet, «La legislazione antipagana da Costantino a Giustiniano», *op. cit.*, ed. P.F. Beatrice, 1993, pp. 15-36; y C. Buenacasa Pérez, «La decadencia y cristianización de los templos paganos a lo largo de la Antigüedad Tardía (313-423)», *Polis. Revista de Ideas y Formas políticas de la Antigüedad Clásica* 9 (1997), pp. 25-50, y la extensa bibliografía recogida en la n. 2 de este trabajo.

fervor religioso de la *plebs* cristiana por parte de personajes privados; en absoluto hemos de buscarles una conexión con un programa estatal de más amplio alcance»⁶. Los monjes fueron protagonistas destacados en diversas acciones violentas extra-oficiales contra los santuarios paganos. A ellos se refiere Libanio, el gran rétor pagano y amigo del emperador Juliano, en uno de los discursos más célebres, conocido con el título de *Pro templis* y dirigido a Teodosio (entre el 381-391); se expresaba en los siguientes términos:

Efectivamente, tú no has ordenado que los templos sean clausurados... Sin embargo, éstos que visten de negro, más voraces que los elefantes... esa chusma, Majestad, a pesar de que tu ley sigue vigente y les obliga a su cumplimiento, se dirigen corriendo a los santuarios con palos, piedras y hierro. Otros incluso, por carecer de estas armas, se valen de sus manos y sus pies. Acto seguido, los santuarios se convierten en presa de los misios y los techos son abatidos, destruidos los muros, las estatuas son tiradas por el suelo, arrancados de su base los pilares, mientras que a los sacerdotes sólo les queda callar o perecer. Una vez que el primero ha quedado en ruínas, se produce una estampida en busca de un segundo y un tercero, de forma que empalman trofeos con trofeos contra la ley⁷.

Conocemos datos relativos a la destrucción y cristianización de algunos templos paganos a partir de Constantino y durante el reinado de sus sucesores, con la excepción de Juliano. Éste, en su pretensión de revitalizar los cultos tradicionales, adoptó medidas en sentido contrario, lógicamente, tales como devolver los bienes confiscados a los paganos y a sus templos. Podemos ejemplificar esos hechos con algunos de los casos más significativos, pero sin extendernos en enumeraciones y descripciones innecesarias, ya que las fuentes resultan bastante explícitas y se han publicado numerosos estudios al respecto⁸.

⁶ C. Buenacasa Pérez, art. cit. (1997), p. 31.

⁷ Or. XXX, 8 (tr. de A. González Gálvez, *Libanio. Discursos II*, Editorial Gredos, Madrid, 2001).

⁸ Por citar los más recientes cfr. J.M. Spieser, "La christianisation des sanctuaires païennes en Grece", en *Neue Forschungen in griechischen Heiligtümern*, Tübingen, 1976, pp. 309-320; G. Fowden, "Bishops and Temples in the Eastern Roman Empire A.D. 320-435", *Journal of Theological Studies* 29 (1978), pp. 53-78; R.P.C. Hanson, "The Transformation of Pagan Temples into Churches in the Early Christian Centuries" *Journal of Semitic Studies* 23 (1978), pp. 257-267; R. Van Dam, "From Paganism to Christianity at Late Antique Gaza", *Viator* 16 (1985), pp. 1-20; H. Saradi-Mendelovici, "Christian Attitudes toward Pagan Monuments in Late Antiquity and Their Legacy in Later Byzantine Centuries", *Dumbarton Oaks Papers* 44 (1990), pp. 47-61; R. Klein, "Distruzioni di templi nella tarda antichità. Un problema politico, culturale e sociale", en *Atti dell'Accademia Romanistica Costantiniana* 10, Perugia 1995, pp. 127-152; F.R. Trombley, *Hellenic Religion & Christianisation C. 370-529*, 2 vols., Leiden-Nueva York-Köln, 1995, ed. Brill; J.P. Caillet, "La Transformation en église d'édifices publics et de temples à la fin de l'Antiquité" en *La fin de la cité antique et le début de la cité médiévale de la fin du III^e siècle à l'avènement de Charlemagne*, Bari, 1996, pp. 191-211; C. Buenacasa Pérez, "La constitución y protección del patrimonio eclesiástico y la apropiación de los santuarios paganos por parte de la Iglesia en la legislación de Constancio II (337-361)", *Pyrenae* 28 (1997a), pp. 229-240; *Idem*, art. cit. (1997), pp. 25-50; y J. Moralee, "The Stones of St. Theodore: Desfiguring the Pagan Past in Christian Gerasa", *Journal of Early Christian Studies* 14, 2 (2006), pp. 183-215.

Nos referiremos en primer lugar a uno de los ejemplos más antiguos de conversión de un templo, recogido por Eusebio de Cesarea⁹, y que refleja la utilización sucesiva del mismo espacio por distintos cultos religiosos. En la ciudad de Mambré, en Palestina, existía un encinar donde Dios se habría aparecido a Abraham y le habría hablado de la tierra prometida para su descendencia, según nos dice la Biblia¹⁰; a partir de entonces se convirtió en un lugar santo. Con el paso del tiempo fue edificado allí un santuario pagano donde se ofrecía culto a los ídolos y se realizaban sacrificios sobre su ara. Constantino, siguiendo con su política de consolidación del cristianismo, ordenó que fuera erigido un oratorio en honor del Dios que se había manifestado allí tiempo atrás y envió misivas a los gobernadores provinciales disponiendo que se cumplieran sus órdenes. Entonces tuvo conocimiento de las actividades «sacrílegas» que se venían desarrollando en ese lugar y decidió erradicarlas. Para ello dio instrucciones de quemar todos los ídolos, reducir a cenizas el ara y demoler todas las edificaciones análogas de la zona. Una vez destruido el conjunto pagano y convenientemente purificado, levantaron una basílica cristiana para que el sitio «se convirtiera en un señalado lugar de reunión de hombres santos»¹¹.

Según esa información, judíos, paganos y cristianos lo utilizaron como espacio sagrado para sus respectivos cultos. Lo cierto es que en Palestina había otros santuarios con dobles o triples utilizaciones, como la cueva del Santo Sepulcro¹², sepultada y ocultada por los paganos bajo un gran túmulo sobre el cual construyeron un templo dedicado a Afrodita, hasta que Constantino ordenó «limpiar la zona» de rituales idólatricos derribando altares, estatuas y todo lo que estuviera en pie, así como excavando el lugar a gran profundidad; cuando descubrió que se trataba de ese sagrado sitio, mandó edificar allí un oratorio, la denominada iglesia de la Anástasis¹³.

Durante el breve reinado de Juliano se produjo un suceso que refleja a la perfección el ambiente de conflicto compartido por paganos y cristianos en la Antigüedad Tardía. En el barrio periférico de Dafne, en Antioquía, existía desde muy antiguo, tal vez desde el s. IV a.C.¹⁴, un fastuoso templo dedicado a Apolo, con una estatua espectacular del dios en su interior, que se había convertido en un enclave

⁹ *Vita Constantini* III, 51-53 (trad. esp. de M. Gurruchaga, Madrid, 1994, Editorial Gredos).

¹⁰ Gén. 13, 17: «Levántate, pues, y recorre a lo largo y a lo ancho esta tierra que te voy a dar. 18: Levantó Abraham sus tiendas y fue a establecerse en el encinar de Mambré, cerca de Hebrón; allí levantó un altar al Señor».

¹¹ *Vit. Cost.*, III, 53.

¹² Euseb. Ces., *Vit. Cost.* III, 26-29 y ss. Sobre este tema cfr. W. Telfer, "Constantine's Holy Land Plan", *Studia Patristica* 2 (1957), Berlín, pp. 696-700; Ch. Coüasnon, *The Church of the Holy Sepulchre, Jerusalem*, The Schweich Lectures 1972, Londres, 1974; y V.C. Corbo, *Il Santo Sepolcro di Gerusalemme. Aspetti archeologici dalle origini al periodo crociato*, Jerusalén, 1981, entre otros.

¹³ «En cuanto se hubo llevado a cabo lo anterior, el emperador ordena con piadosos instrumentos legales y generosos recursos dinerarios erigir junto a la salvífica cueva un oratorio digno de Dios y con rica e imperial munificencia ... Mandó a los gobernadores de las naciones del levante que hicieran resaltar, a fuerza de emplear ingentes capitales sin restricción, el carácter extraordinario, grandioso y opulento de la obra...» (Euseb. Ces., *Vit. Cost.*, III, 29)

¹⁴ Soz., *H. E.*, V, 19.

muy frecuentado por sus fieles. A mediados del s. IV d.C. el César Galo ordenó levantar un *martyrion* en ese lugar, muy cerca del templo, trasladando allí desde el cementerio de Antioquía las reliquias de Babila, obispo de la ciudad y mártir en el s. III, y después su patrón. El centro de peregrinación cambió de objetivo, pues los que acudían entonces en masa eran cristianos, mientras que el templo pagano quedó medio abandonado. Cuando Juliano accedió al poder y conoció la situación de ese lugar intentó revitalizar el culto a Apolo ofreciendo numerosos sacrificios, pues esperaba, entre otras cosas, una respuesta del oráculo sobre el éxito de su campaña contra los Persas¹⁵. Ante la ineficacia de tales medidas, ya que el dios no respondía, el emperador interpretó como causa del silencio del oráculo la presencia inconveniente de las reliquias de Babila y de otros cadáveres y, consiguientemente, ordenó el traslado de los restos del mártir a donde anteriormente estaban, y la demolición del santuario y de las capillas circundantes¹⁶. Los cristianos reaccionaron indignados por la profanación de la tumba de Babila y salieron en procesión entonando salmos y lanzando protestas contra los ídolos y sus adoradores. Poco después se produjo un incendio que asoló parte del templo pagano así como la estatua, y cuya autoría Juliano consideró atribuible a los cristianos. Empezó una exhaustiva investigación, mediante la cual no aclaró nada, y cerró la basílica principal de Antioquía. En este caso se llevó a cabo la destrucción de un edificio cristiano por parte de sus adversarios, y no de un templo pagano, como era lo habitual en esa época –pues el incendio del templo probablemente se debió a una tormenta–. Pero lo cierto es que la primera intromisión en el *témenos* la realizaron los cristianos al instalar su santuario en el recinto de los oponentes. Se trató de un conflicto de intereses y de competencias, como veremos más adelante¹⁷.

A comienzos del siglo V Porfirio, obispo de Gaza, en Palestina, solicitó al emperador Arcadio la demolición de todos los templos dedicados a los ídolos y, tras largas negociaciones teniendo a la emperatriz Eudoxia como mediadora, al final obtu-

¹⁵ «Se podía creer que el soberano de ese momento reinaba con el fin de destruir todas las bestias de la tierra, pues mataba con prodigalidad tantos corderos y bueyes sobre los altares, y había llegado a tal grado de locura que un gran número de los filósofos le llamaban “carnicero”, “vendedor de carne” y nombres de ese tipo. Apolo, por tanto, no se habría alejado de pleno grado de una mesa tan abundante, con olor a grasa, humo y torrentes de sangre...» (Jn. Cris., *Discurso sobre Babila*, 103, M.A. Schatkin *et alii*, ed. y tr. fr., Sources Chrétiennes, París, 1990).

¹⁶ «No sólo los habitantes de la ciudad, de los arrabales y del campo, sino también los que estaban muy lejos de estos lugares, al no ver ya el sepulcro en su lugar, preguntaban entonces la causa e inmediatamente sabían que el demonio (Apolo), al solicitarle el emperador que pronunciara oráculos, había respondido que no podía hacerlo hasta que se hubiera alejado de él al bianeventurado Babila» (*Ibidem*, 87).

¹⁷ Conocemos los hechos sobre todo por los testimonios que Juan Crisóstomo ha dejado en forma de homilía y de discurso, a los que ya hemos hecho referencia, pero también se refieren al suceso otras fuentes como el emperador Juliano en el *Misopogon*, el orador Libanio en su “Monodia sobre el templo de Apolo en Dafne” (*Or.* 60, conservado solamente de forma fragmentaria en el *Discurso sobre Babila* de J. Crisóstomo con ese título) y los historiadores Teodoro de Ciro *H.E.* III, 6; Sócrates, *H. E.* III, 18; Sozomeno, *H. E.* V, 19 y Amiano Marcelino, *Hist.* XXII, 12, 8 y 13, 1-3.

vo el permiso y la correspondiente orden de destrucción, cumpliendo así su deseo. Consiguió además fuerzas militares y civiles para llevar a cabo la tarea junto con los cristianos de la ciudad, que voluntariamente se unieron a los escuadrones. Clausuraron primero siete de los ocho templos públicos y destruyeron sus estatuas, y por último fue demolido el dedicado a Zeus Marnas o Marneion, cuyo acceso habían impedido inicialmente sus sacerdotes protegiendo desde dentro las puertas del santuario con enormes piedras¹⁸. Al final fue pasto de las llamas y, tras ser retiradas las cenizas, parte de sus materiales se reutilizaron para edificar una iglesia cristiana que recibió el nombre de Eudoxia, por expreso deseo de la emperatriz¹⁹. Se trata de un nuevo caso de transformación de un espacio sagrado, al ocupar el nuevo edificio el mismo recinto que el anterior.

Tenemos diversas noticias sobre la intolerancia cristiana, plasmada en la destrucción de los ídolos y santuarios paganos, sin otra intención que la de erradicar cualquier reminiscencia idolátrica. Pero ahora nos interesan sobre todo aquéllas que relatan el desmantelamiento parcial o la demolición total de los templos, para ser después adecuados a otros usos diferentes, en especial para edificar iglesias cristianas y *martyria* en los mismos enclaves, como los casos que acabamos de ejemplificar. Existen otros testimonios famosos como el del templo de Apolo Didimeo, en la ciudad de Mileto, de cuyo *témenos* los cristianos se habrían apoderado construyendo allí un edificio. Cuando Juliano lo descubrió, ordenó que la construcción fuera quemada o demolida desde sus cimientos²⁰. A juzgar por la decisión del emperador deducimos que se trataría sólo de la ocupación del recinto, pero no del templo, pues en ese segundo supuesto seguramente Juliano no habría dictaminado su destrucción.

Gran trascendencia tuvo también el suceso protagonizado por el obispo arriano Jorge de Alejandría, a mediados del siglo IV, pues el emperador Constancio le cedió un Mitreo abandonado para edificar en él una iglesia. Cuando Jorge ordenó que se procediera a limpiar el templo, se descubrió un *adyton* que contenía calaveras de personas supuestamente sacrificadas durante los ritos mitraicos con el propósito de practicar la adivinación a través de sus entrañas y, ante la evidencia de sus prácticas, expuso públicamente esos restos para execración de todos. Los cristianos pasearon las calaveras a través de la ciudad en una especie de procesión triunfal. Entonces los paganos de Alejandría, no pudiendo tolerar el carácter insultante de esos actos, provocaron un enorme tumulto y atacaron a los cristianos con todo tipo de armas; como consecuencia de ello se produjeron numerosos heridos y muertos de toda índole y edad. El obispo fue linchado por su com-

¹⁸ Marc. Diác., *Vida de Porfirio*, 64: «Los cristianos aclamaban con alegría a los emperadores y a los gobernantes. Inmediatamente se movilizaron junto con las autoridades y los escuadrones y destruyeron los ídolos ... Así pues los soldados, en compañía de los cristianos de la ciudad y de los de la zona del puerto se lanzaron sobre los ídolos. Primero quisieron destruir el llamado *Marneion*, pero fueron rechazados, pues los sacerdotes de este templo, enterados con antelación, protegieron desde dentro las puertas del santuario interior con grandes piedras.» (Trad. esp. R. Teja, *Marco el Diácono. Vida de Porfirio*, Madrid, 2007, Editorial Trotta.

¹⁹ *Ibidem*, 69-75.

²⁰ Soz. *H.E.* V, 20, 7.

portamiento, tal como lo describe Sócrates: «lo arrastraron fuera del templo, lo ataron a un camello y, cuando lo habían despedazado, lo quemaron junto al camello»²¹.

Otro ejemplo muy conocido se refiere al Serapeion de Alejandría, y los sucesos se produjeron en el 391. Nuevamente el obispo de la ciudad, en este caso Teófilo, fue el protagonista del conflicto; éste había conseguido del emperador Teodosio la posesión de un templo de Dioniso, sin techo y abandonado, para utilizarlo como basílica cristiana²². Las estatuas y los objetos de culto hallados en el *adyton* fueron retirados de allí y exhibidos en público para escarnio y burla de la gente, pues había entre ellos instrumentos obscenos, como por ejemplo falos. Los paganos reaccionaron violentamente ante la provocación y se originó un tumulto en el que asesinaron e hirieron a muchos cristianos; después se refugiaron en el Serapeion, magnífico templo por su belleza y dimensiones, posiblemente uno de los más grandes de la Antigüedad, convirtiéndolo en una ciudadela provisional. Cuando el emperador conoció el alcance de la revuelta ordenó la demolición del templo, y unos años más tarde se construyó en el lugar una iglesia cristiana. Así mismo, Teófilo destruyó y transformó en iglesias varios santuarios paganos, pues por esa época el poder imperial apoyó la destrucción de gran número de templos y estatuas en Egipto.

Tras este breve repaso de los hechos, ahora nos interesa ir más allá, trascender la mera descripción evenemencial e indagar en los objetivos perseguidos por emperadores, obispos e iglesias locales con la cristianización de los espacios sagrados y de los templos, o la *temple conversion* en palabras del historiador Frank R. Trombley²³. Algunos de esos fines resultan fácilmente imaginables, otros son expuestos de forma explícita por sus protagonistas, y otros deberemos deducirlos analizando los acontecimientos.

Para exponer los distintos objetivos procederemos a la enumeración:

1. Entre los primeros, fácilmente imaginables, situamos el interés económico.

Evidentemente, además de reutilizar gran parte de los materiales procedentes del santuario destruido, sin necesidad de adquirir otros nuevos e indudablemente más caros, disponían de mayor espacio para ubicar sus recintos sagrados.

También se apropiarían de las tierras y los bosques destinados al cultivo y la manutención de los edificios de culto pagano, es decir, de los *loca sacra*, tal como los definen las fuentes jurídicas²⁴.

²¹ Soc. H.E. III, 2; El patriarca de Alejandría Focio, en su *Bibliotheca*, se refiere a esos hechos casi con las mismas palabras. Sobre los numerosos conflictos de índole religiosa, entre otros, que se produjeron en la época tardoantigua, cfr. J.R. Aja Sánchez, *Tumultus et urbanae seditiones: sus causas. Un estudio sobre los conflictos económicos, religiosos y sociales en las ciudades tardoromanas (s. IV)*, Santander, 1998.

²² Soz. H.E. VII, 15; Soc. H.E., V, 16; y Ruf. H.E. XI, 22.

²³ F.R. Trombley, *op. cit.*, 1995, pp. 108-109.

²⁴ Digesto 1, 8, 6, 3 y Gaio, *Inst.* 2, 4, 5; Cfr. C. Buenacasa Pérez, art. cit. (1997), pp.25, 38 y 40; y B. Enjuto Sánchez, "Las disposiciones judiciales de Constantino y Juliano a propósito de las tierras de los templos paganos", *Gerión* 18 (2000), pp. 407-423.

Tampoco debemos olvidar la ingente rentabilidad de los tesoros expoliados en los santuarios: estatuas, mármoles, oro, plata, etc. que servían después para decorar las iglesias e incluso los domicilios particulares. Sin duda, como señala el historiador Carles Buenacasa: «La actitud imperial alentó a los altos funcionarios cristianos a aprovecharse de la situación existente y a comerciar con las obras de arte que estos santuarios albergaban en su interior»²⁵. Amiano Marcelino cuenta algunas profanaciones y expolios llevados a cabo por funcionarios de Constantino II²⁶, y Libanio tuvo que defender ante el emperador Juliano a dos personajes por haber aceptado, vendido o comprado bienes procedentes de los templos²⁷. De ahí que algunos estudiosos señalen incluso la posibilidad de que existiera un mercado organizado para la compra-venta de las obras de arte procedentes de los templos²⁸. En contra de esas actividades existen numerosas disposiciones legales²⁹ e igualmente algunos obispos las condenaron, como es el caso de Porfirio de Gaza. Éste, durante la clausura y destrucción de los diversos templos de la ciudad, había amenazado con el anatema a cualquier ciudadano cristiano que se apoderase de los objetos de los templos para uso privado, y por ello, él en persona y otros miembros del clero les impedían apropiarse de nada³⁰.

En los casos en que dos santuarios de diferentes cultos compartían el mismo espacio, como el templo de Apolo y el *martyrion* de Babila en Dafne, entraban en juego diferentes intereses de tipo económico. Cualquier centro de peregrinación constituye una fuente importante de ingresos, puesto que en torno a él se desarrollan una serie de actividades comerciales con los consiguientes beneficios, tales como la venta de objetos y reproducciones de las imágenes veneradas, sin olvidarnos de las infraestructuras

²⁵ C. Buenacasa Pérez, art. cit. (1997), p. 35, n. 48.

²⁶ *Ad haec mala id quoque addiderat, unde paulo post actus est in exitium praeceps, reversus (Georgius) ex comitatu principis cum transiret per speciosum Genii templum, multitudine stipatus ex more, flexis ad aedem ipsam luminibus quam diu, inquit, sepulcrum hoc stabit? Quo audito velut fulmine multi perculsi, metuensque ne illud quoque temptaret evertere, quicquid poterant in eius perniciem clandestinis insidiis concitabant... Dracontius, aram in moneta, quam regebat, recens locatam evertit (Am. Hist. XXII, 11, 7 y 9; XXX, 9, 5)*

²⁷ Lib., Ep. 724; Ep. 763; Ep. 819.

²⁸ Cfr. J.L. Murga, "El expolio y deterioro de los edificios públicos en la legislación post-constantiniana", *AARC* 3 (1979), pp. 239-263.

²⁹ Cfr., entre otras, CTh. XV, 1, 19: *Imppp. Valens, Gratianus et Valentinianus aaa. ad senatum post alia: Nemo praefectorum urbis aliorumve iudicum, quos potestas in excelso locat, opus aliquod novum in urbe Roma inclyta molitur, sed excolendis veteribus intendat animum. novum quodque opus qui volet in urbe moliri, sua pecunia, suis operibus absolvat, non contractis veteribus emolumentis, non effossis nobilium operum substructionibus, non redivivis de publico saxis, non marmorum frustis spoliatarum aedium deformatione convulsis. Lecta in senatu Valente V et Valentiniano aa. conss. (376.....). XV, 1, 37: Idem aa. Theodoro praefecto praetorio. Nemo iudicum in id temeritatis erumpat, ut inconsulta pietate nostra novi aliquid operis existimet inchoandum vel ex diversis operibus aeramen aut marmora vel quamlibet speciem, quae fuisse in usu vel ornatu probabitur civitatis, eripere vel alio transferre sine iussu tuae sublimitatis audeat. Etenim si quis contra fecerit, tribus libris auri multabitur. (398 Ian. I).*

³⁰ Marco el Diácono, *V.P.* 65

necesarias para el alojamiento y las comidas. De ahí que paganos y cristianos se disputaran el predominio del *témenos* e intentaran desbancar al adversario³¹.

Encontramos otros ejemplos de conflicto entre paganos y cristianos por motivos económicos en los primeros siglos del cristianismo, como el tumulto de los orfebres de Éfeso contra las manifestaciones de Pablo. Éste afirmaba que los objetos fabricados con las manos no eran dioses, y de esa forma estaba poniendo en peligro el oficio de vendedores de *souvenirs* del templo de Diana y sus pingües ganancias³². Igualmente ilustra esa competitividad el relato de los Hechos Apócrifos sobre Tecla, la compañera del apóstol Pablo. Acudían a ella numerosos enfermos porque realizaba curaciones milagrosas y por ello los médicos del lugar, en Seleucia, consideraban que ejercía una «competencia desleal». Puesto que sus ganancias habían disminuido considerablemente, maquinaron contra la competidora un castigo. La venganza consistía en desposeerla de su virginidad, cualidad que, según ellos, le otorgaría la prerrogativa de la curación³³. También conocemos la incidencia que ejerció en la economía de los carniceros la prohibición a los cristianos de consumir carne procedente de animales sacrificados, pues a consecuencia de esa medida, apenas conseguían vender su mercancía. Así le exponía Plinio el Joven a Trajano la situación en su famosa carta sobre el trato debido a los cristianos:

Hay constancia de que los templos, ya casi abandonados, han comenzado a ser frecuentados, y que las ceremonias sagradas, interrumpidas durante largo tiempo, han sido restablecidas, y que por todas partes se vende carne de las víctimas, para la cual hasta ahora se encontraba rarísimamente un comprador.³⁴

2. Exhibición del triunfo.

También resulta obvia la victoria ideológica implícita en el hecho de cerrar y destruir los edificios de culto de los adversarios y levantar allí los propios. La simbología del triunfo parece indiscutible e insuperable.

³¹ Sobre el conflicto surgido entre paganos y cristianos por el monopolio del espacio sagrado de Dafne hemos presentado recientemente en un Congreso un trabajo que será publicado en breve: “El poder de los ídolos y de las reliquias: Un conflicto de competencias”, Congreso Internacional de Historia de las Religiones. *Mediadores con lo divino en el mundo mediterráneo antiguo*, Palma de Mallorca, 13-15 de Octubre del 2005.

³² *Hech. Apóst.* 19, 21-39.

³³ *Hechos de Pablo y Tecla*, 44-45. La edición y traducción al castellano de los *Hechos Apócrifos de los Apóstoles* ha sido realizada por A. Piñero y G. del Cerro, 2 vols., La BAC, Madrid, 2005; los *Hechos de Pablo y Tecla* están recogidos en el 2º volumen.

³⁴ *Certe satis constat prope iam desolata templa coepisse celebrari et sacra sollemnia diu intermissa repeti passimque venire victimarum (carnem), cuius adhuc rarissimus emptor inveniebatur* (*Ep.* 96, 10, lib. X).

3. Purificación de los lugares sagrados.

Las autoridades civiles y eclesiásticas manifestaban explícitamente una finalidad de su política de destrucción de los ídolos y de transformación de los templos, que consistía en la limpieza y purificación de esos lugares, tal como recogen las fuentes de manera sistemática. Entronca esa actitud con la idea cristiana de que los rituales idolátricos, con sus sacrificios, derramamiento de sangre, vino y carne quemada, contaminaban no sólo los altares sino todos los rincones del recinto³⁵. Por ello, el primer paso para erradicar esos cultos debía ser la limpieza material, bien derribando todo lo que estuviera en pie o bien quemándolo y trasladando lejos los escombros y las cenizas; después había que descontaminar las moradas de los «demonios», como solían denominar a los dioses paganos, mediante la presencia en ellas de reliquias de los mártires cristianos³⁶.

4. Aniquilación del poder idolátrico.

Pero construyendo en el mismo emplazamiento sus iglesias y *martyria* pretendían además interrumpir, invalidar los cultos paganos, pues así los sacrificios resultarían ineficaces, y sería aniquilado su poder. Curiosamente, los paganos sentían una aversión similar hacia los muertos de los santuarios venerados por los cristianos, y consideraban que la cercanía de alguna de esas tumbas inutilizaba sus ritos; de manera que coincidían unos y otros al considerar negativa la influencia de las reliquias para el desarrollo ritual del paganismo, especialmente cuando pretendían, por ejemplo, la consulta de los oráculos o la interpretación del futuro a través de las vísceras³⁷. Un ejemplo significativo de esa incompatibilidad lo encontramos en el conflicto entre el templo de Apolo y el *martyrion* de Babila, en Dafne, al que ya nos hemos referido, y que protagonizó Juliano el Apóstata. Ante el silencio persistente

³⁵ Eusebio de Cesarea lo expresa con claridad en la biografía de Constantino, a propósito de la política del emperador en materia religiosa, orientada a purgar de idolatría la ciudad de Constantinopla: «Impregnado por completo de sabiduría divina, consideró justo purgar de toda idolatría aquella ciudad que por decisión suya sobresaldría llevando su propio nombre, de modo que en ningún lugar de ella hubiera rastro alguno de estatuas de los pretendidos dioses que solían ser objeto de culto en los templos, ni altares ensuciados con impuros regueros de sangre, ni víctimas devoradas por el fuego, ni festividades demoníacas, ni ninguna otra cosa a la que pudiera estar acostumbrada la gente supersticiosa» (*V.C.* III, 48). En ese mismo sentido se manifiesta poco después en los capítulos 52-53.

³⁶ Esa identificación de los dioses paganos con los demonios aparece consolidada en los textos cristianos de época Tardo-antigua. De ahí las constantes quejas del demonio por su expulsión por parte de los cristianos de los templos, de los ídolos, del desierto, etc. Sobre esas cuestiones *cfr.* A.M. Orselli, "Tipologie del demoniaco nel Tardo Antico Cristiano", *Atti del XII Convegno: Diavoli e Mostri in scena dal Medioevo al Rinascimento*, Roma, 1989, esp. p. 12.

³⁷ El emperador Juliano se lamentaba de que los «galileos» hubieran invadido las ciudades con sepulcros y tumbas y por eso les denominaba «adoradores de tumbas» (Juliano, *Misopogon* 344 A, 357 C y 361 A-C; y *Contra los Galileos* 335 B-C; Libanio, *Contra Institutionis irrisores*, *Or.* 62, 8, t. IV, 351, 14).

del oráculo, el emperador interpretó que la causa se debía a la inoportuna proximidad del muerto, y por ello ordenó destruir el *martyrion* y trasladar las reliquias³⁸.

A veces la simple presencia en los sacrificios de algún cristiano podía ser considerada motivo suficiente para alterar el resultado. Un suceso muy claro al respecto nos lo describe Lactancio con ocasión de la asistencia de Diocleciano en el templo de Apolo, en Antioquía, a la celebración de sacrificios de animales para adivinar el futuro a través de sus vísceras. Debido a que entre los ministros del culto se hallaban secretamente algunos cristianos, los arúspices no encontraban las señales acostumbres, por más que repetían los sacrificios. Al darse cuenta de la causa el maestro de los arúspices e informar al emperador, éste ordenó que sacrificaran todos los presentes en palacio³⁹.

5. Establecimiento del culto verdadero

Pero estamos seguros que además de las motivaciones económicas e ideológicas existieron otras causas por las cuales los cristianos buscaron con insistencia los espacios sagrados paganos para establecer sus propios centros culturales. Si la ocupación de esos lugares implicaba generalmente enfrentamientos y luchas que ocasionaban numerosas víctimas, ¿por qué esa insistencia? En realidad los cristianos sentían miedo, respeto hacia los poderes de los «demonios» y por eso procuraban implantar en sus recintos los símbolos de la nueva religión⁴⁰. No podían escapar a la fuerza de la superstición, de ahí que implícitamente creyeran en la capacidad de las divinidades adversas para perpetuar su culto y que procuraran aniquilarlo imponiendo el poder supremo de su dios y de sus mártires. Por tanto, sí creían en la existencia de los *daímones* y en su capacidad de intervención en la vida de los hombres, pero igualmente consideraban erróneas esas actuaciones porque traerían consigo la perdición de sus fieles; de ahí la obligación de los cristianos de reconducir a los idólatras por el camino adecuado, el de la fe auténtica, en un verdadero acto de filantropía.

³⁸ Sobre estas cuestiones cfr. J. Torres, "El poder de los ídolos...", *op. cit.*, en prensa.

³⁹ *Tum quidem ministrorum scientes dominum cum adsisterent immolanti, imposuerunt frontibus suis immortale signum; quo facto fugatis daemonibus sacra turbata sunt. Trepidabant aruspices nec solitas in extis notas videbant et, quasi non litassent, saepius immolabant. Verum identidem mactatae hostiae nihil ostendebant, donec magister ille aruspicum Tagis seu suspicione seu visu ait idcirco non respondere sacra, quod rebus divinis profani homines interessent. Tunc ira furens sacrificare non eos tantum qui sacris ministrabant, sed universos qui erant in palatio iussit et in eos, si detrectassent, verberibus animadverti* (De mortibus persecutorum X, 1-4).

⁴⁰ Una creencia muy extendida consistía en que los dioses paganos tenían un alma y un cuerpo: el alma era el *daimon*, y el cuerpo la estatua. El mismo Agustín de Hipona (*De civit. Dei* VIII, 26, 3) comparte esta idea. De ahí el temor de la gente a tocar la estatua de un ídolo, como se pone bien de manifiesto en la destrucción del Serapeion de Alejandría; pues corría el rumor de que si alguien tocaba la estatua de Serapis desencadenaría una catástrofe, por lo que ésta se mantuvo intacta durante algún tiempo. Los cristianos manifestaban una especie de temor sagrado hacia los templos y estatuas paganas.

6. Ocupación de los espacios sagrados

Por otra parte, se constata una tendencia bastante generalizada en las distintas culturas y religiones a asociar determinados lugares (como los árboles, las cuevas, las cimas de las montañas, etc.) con la presencia de la divinidad y de ahí que esos lugares susciten gran respeto en los visitantes. Se trataría de una especie de ubicación preferente para honrar a los dioses de cualquier religión. La idea es que los lugares conservarían su carácter sagrado a pesar de la suplantación de diferentes ritos; de ello se deriva un principio religioso consistente en creer que el *numen* (divinidad) y la *dynamis* (fuerza divina) de un determinado lugar permanece allí aunque cambie el dios y el culto religioso. Así se explica la perseverante insistencia por parte de paganos y cristianos en ocupar los recintos previamente utilizados por otros para sus actividades de culto. Baste recordar el caso de la cueva del sepulcro de Jesús, sobre la cual fue edificado un templo de Diana y finalmente una basílica cristiana; o el del árbol de Mambré, donde se le apareció Dios a Abraham, que fue convertido después en un santuario pagano y por último en una basílica.

Así mismo, encajaría en esa tendencia la circunstancia de que algunos monjes sirios buscaran los recintos de los templos paganos para practicar la ascesis, como hizo, por ejemplo, Daniel el Estilita en Tracia, cerca de Constantinopla. Se introdujo en un templo «invadido por espíritus impuros» y luchó contra ellos hasta derrotarlos, estableciéndose allí de manera permanente durante nueve años⁴¹. Otro monje de nombre Amiano fijó su morada en la cima de una alta montaña, en Teleda, donde había un *témenos* pagano muy venerado por los vecinos del lugar⁴². Y varios casos similares nos relata también Teodoreto de Ciro, como el del monje Marón, de su misma ciudad, que eligió vivir en lo alto de un monte, por ser un lugar anteriormente venerado por los paganos; y el de Zalélaio, que levantó una pequeña cabaña cerca de la ciudad de Gabala, justo sobre la colina donde se encontraba un templo honrado con numerosos sacrificios por los paganos en otra época. Después que consiguió convertir a los habitantes de la zona, con su ayuda destruyó el templo y construyó un gran santuario dedicado a los mártires victoriosos⁴³. Otra prueba fehaciente de esa tendencia de los ascetas a instalarse en lugares anteriormente paganos la encontramos en San Benito, el fundador del monacato benedictino, que se estableció en un lugar fortificado en lo alto del monte Casino. Allí había un lugar de culto en el que se veneraba a Apolo, rodeado de bosques consagrados a los dioses paganos, donde se realizaban sacrificios. Al llegar a ese lugar el monje destruyó el ídolo, dio la vuelta al altar, taló los bosques y preparó un oratorio dedicado a San Martín en el templo de Apolo, y otro a San Juan donde estaba el altar, e invitaba continuamente a la gente de los alrededores a abrazar la fe cristiana⁴⁴.

⁴¹ *Vida de S. Daniel el Estilita* 14-15.

⁴² Teodoreto de Ciro, *Historia de los monjes de Siria* IV, 2.

⁴³ *Ibidem*, XVI, 1; y XXVIII, 1-5 respectivamente.

⁴⁴ *Castrum namque, quod Casinum dicitur, in excelsi montis latere situm est... Ubi vetustissimum fanum fuit, in quo ex antiquorum more gentilium ab stulto rusticorum populo Apolo colebatur. Circumquaque etiam in cultu daemonum luci succrevuerant, in quibus adhuc eodem tempore infidelium insana multitudo sacrifi-*

Como síntesis del esquema de valores que debía regir la mentalidad de las autoridades civiles y eclesiásticas de los siglos IV y V, poseemos un testimonio más tardío pero sumamente interesante del Papa Gregorio Magno. Éste mostraba un gran interés por la evangelización de los habitantes de Inglaterra y con esa finalidad, el 17 de junio del 601 envió al monje Agustín de Canterbury, por medio de algunos colaboradores, una carta en la que le daba ciertas directrices; un fragmento dice así:

Que no se han de destruir los templos de los ídolos de ese país, sino solamente los ídolos que hay en ellos; prepárese agua bendita y rocíense con ella los templos, constrúyanse altares y deposítense reliquias. Porque, si estos templos están bien contruidos, lo que conviene hacer es sacarlos del culto de los demonios y dedicarlos al del Dios verdadero, para que la gente, viendo que sus templos no son destruidos, abandone el error y, conociendo y adorando al verdadero Dios, acuda más fácilmente a los lugares acostumbrados. Y como suelen sacrificar muchos bueyes a los demonios, habrá que sustituir esto por algunas otras ceremonias, de manera que, en el día de la festividad o de la muerte de los santos mártires cuyas reliquias se hayan puesto allí, se hagan tiendas con arcos de ramas de árboles alrededor de las iglesias que antes habían sido templos y se celebre una fiesta solemne de carácter religioso. Y que no sacrifiquen ya animales al demonio, sino que, alabando a Dios, los maten y los coman y den gracias por su hartazgo al que otorga todos los bienes. Así, al respetarles algunas satisfacciones exteriores, se sentirán más inclinados a buscar las interiores. Porque es ciertamente imposible arrancar de golpe todos los errores de las mentes endurecidas, y quien trata de subir un alto monte lo hace paso a paso y ascendiendo gradualmente, no a saltos. Así fue como el Señor se reveló al pueblo israelita en Egipto, destinando a su culto los sacrificios que antes ofrecían al diablo y ordenando que le sacrificasen animales, de modo que, cambiando la intención, en parte abandonasen los sacrificios y en parte los retuviesen; pues si bien eran los mismos los animales que acostumbraban a ofrecer, ya no eran los mismos sacrificios, puesto que ahora los ofrecían al Dios verdadero y no a los ídolos⁴⁵.

Ése era el pensamiento de Gregorio Magno a comienzos del siglo VII y, como hemos puesto de manifiesto, en líneas generales era compartido por las autoridades eclesiásticas de los siglos anteriores, a pesar de los excesos y de los casos de destrucción que se han documentado. Según las reflexiones del autor, para aniquilar el poder de los ídolos bastaba con destruir sus estatuas y sustituirlas por altares y reli-

ciis sacrilegis insudabat. Ibi itaque vir Dei perveniens, contrivit idolum, subvertit aram, succidit lucos, atque in ipso templo Apollonis oraculum beati Martini, ubi vero ara eiusdem Apollonis fuit, oraculum sancti construxit Iohannis, et commorantem circumquaque multitudinem praedicatione continua ad fidem vocabat (Greg. Magn., *Dialog.* II, 8, 10-11).

⁴⁵ *Ep.* 56, XI. El documento se conserva incluido en la *Historia Ecclesiastica Gentis Anglorum* I, 29-30, la obra más famosa de Beda el Venerable, un autor cristiano del siglo VII-VIII.

quias cristianos, pero manteniendo en pie los templos. Éstos se pueden transformar y aprovechar, si están en buen estado, con el consiguiente ahorro económico, pero previamente deben ser purificados mediante la aspersión de agua bendita. Recordemos que los cristianos consideraban que los *témena* paganos estaban contaminados por sus ritos y sus sacrificios y había que «limpiarlos» antes de su uso. Pero Gregorio Magno no tenía en cuenta principalmente el interés económico de preservar los templos en vez de destruirlos, sino un aspecto sociológico: para la consecución de su finalidad, convertir al pueblo, es consciente del desagrado que causaría en la gente el ver sus templos destrozados y, sobre todo, de la poderosa fuerza que la costumbre ejerce sobre los humanos. De ahí que considere preferible mantener los mismos lugares, porque la gente acude por inercia a donde suele ir.

El Papa demuestra una gran perspicacia en esas y en otras apreciaciones. Se trataba de cambiar lo mínimo posible de sus hábitos, de ahí que permita que continúen matando animales, pero no ya para rendir culto a los ídolos, sino para comérselos y mostrarse después agradecidos a Dios por su hartazgo; todo ello dentro de un contexto de celebraciones y de banquetes religiosos, pues sabe que los hombres se sentirán más dispuestos a cuidar de su alma si se les permiten algunos placeres físicos. Es decir, se cambia el objeto de veneración, el verdadero Dios en vez de los demonios, pero manteniendo en parte los ritos. Hasta conseguir la total conversión de la gente hay que transigir en algunos aspectos, ir paulatinamente y hacer gala de gran pragmatismo y flexibilidad. Sabia filosofía la de Gregorio Magno si se hubiera podido aplicar sin oposición y, por tanto, sin violencia, pero las dificultades empezaban ya en la primera fase, como hemos visto, cuando los cristianos intentaban ocupar los espacios sagrados de sus opositores. Aunque los lugares se encontraran abandonados, los paganos reclamaban su propiedad, y a partir de ahí surgía el conflicto.